ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA

UNA VIEJA CHOCHA

EXTRAVAGANCIA COMICA EN UN ACTO Y EN PROSA

REFUNDIDA POR

RAFAEL FERNANDEZ IGLESIAS

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA

1892

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE ENERO DE 1892.

COMEDIAS Y DRAMAS

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
4	4	A la que salta.....	1	Fidel Melgares.....	Todo
»	»	Cinco minutos de angustia.....	1	J. Mota y González..	»
»	»	Consecuencias de un capricho.....	1	Casimiro Servat.....	»
»	»	Del sepulcro al hospital.	1	N. Orozco.....	»
»	»	Dos chispas.....	1	Primitivo Cevadera y C. Servat.....	»
»	»	El estanco de Juanita....	1	Tomás Luceño.....	»
»	»	El modelo.....	1	José de Ansorena....	»
2	2	El pan nuestro.....	1	Regino Chaves.....	Mitad.
»	1	El primer desengaño (monólogo).....	1	N. Díaz Escovar.....	Todo
»	»	El rey de los animales..	1	F. Flores García....	»
»	»	El salva-vidas.....	1	J. Pérez Zúñiga.....	»
»	»	Entre doctores.....	1	Joaquín Abati.....	»
2	3	Futuro imperfecto.....	1	Calixto Navarro.....	»
»	»	Guardar el equilibrio...	1	Gascón y Serrano....	»
»	»	La guía de Sevilla (Revista).....	1	Olmedo, Feria y Cabrera.....	»
»	»	La viuda de Rodríguez..	1	Leoncio González....	»
»	»	Las recomendaciones...	1	Tomás Luceño.....	»
»	»	Lo que hace el dinero..	1	Casimiro Servat.....	»
»	»	Los cotorrones.....	1	H. Criado y Baca....	Mitad
»	»	Lucha de la conciencia (monólogo).....	1	Casimiro Servat....	»
1	4	Micos y monos ó el estreno de la Plaza.....	1	Vicente E. Miguel...	»
»	»	Ni en Leganés.....	1	Casimiro Servat.....	Todo.
1	2	Pepe Santiago.....	1	Aristides Gómez....	Mitad.
»	»	Pequeñeces.....	1	Carlos Mavillard.....	»
»	»	Sobre la tumba de una madre.....	1	David del Pino.....	Todo
»	»	Un cero á la izquierda..	1	H. Criado	»
»	»	Un duelo en la ventana..	1	Agustín Navas.....	»
»	»	El tercer aniversario ó la viuda de Napoleón....	2	Ricardo de la Vega..	»
»	»	Las oscuras golondrinas.	2	F. Pérez y González.	»
10	4	Los calaveras.....	2	E. Sánchez Pastor...	»
»	»	El día memorable.....	3	Féliz G. Llana.....	»
3	3	El grito del alma	3	Vicente E. Miquel...	»
»	»	El mártir de agena culpa	3	Juan Maillo.....	»
6	2	El martir del pueblo...	3	Vicente E. Miquel...	»
»	»	El obstáculo.....	3	E. Mario (hijo).....	»
»	»	El primero de Mayo....	3	E. Martín Contreras.	»

UNA VIEJA CHOCHA

Extravagancia comica en un acto y en prosa

REFUNDIDA POR

RAFAEL FERNÁNDEZ IGLESIAS

Estrenada con éxito extraordinario en el TEATRO MARTIN, el 3 de Diciembre de 1892.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
5136.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA CRISTETA.....	SRA.	VEDIA (E.)
JULIANA.....	»	PARÍS.
PAULA.....	»	MONEDERO.
DON ALEJO.	SR.	ESPANTALEÓN (J.)
EDUARDO.....	»	GALÉ.
PEPE.....	»	GORDILLO.

La acción en Madrid y en nuestros días.

Derecha é izquierda, las del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de representación.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Sala elegante: rico mobiliario. Dos puertas á la derecha; una á izquierda y otra en el foro. Portiers en todas. Un caballete, sobre el cual hay un retrato al óleo á medio pintar. Sobre una silla, paleta y pinceles detrás de un elegante *paravent* ó biombo, colocado en el ángulo izquierdo.

ESCENA PRIMERA

PAULA y PEPE

PAULA. Te equivocas: lo que busca el caballerito, es la guita.

PEPE. No, mujer, no. Está enamorado pór lo hondo. Hay hombres raros, y además, que sobre gustos nada hay escrito.

PAULA. ¿Pero te parece á tí que un hombre joven y guapo se enamore de un mamarracho como éste? (Señalando el retrato.)

PEPE. ¿Y eso, qué tiene que ver? ¿No te has enamorado tú de mí?

PAULA. Es que tú eres más salado que las pesetas.

PEPE. Y que lo digas... Y tú la doncella... más doncella que yo he conocido... No te puedo hacer mayor elogio... Anda, que haremos una parejita...

725166

PAULA. ¡Zalamero! Pues verás cómo don Eduardo no se casa con la señora...

PEPE. ¡Ojalá y se casara!

PAULA. ¡Ca! En cuanto la saque unos miles de duros, que se los está sacando... se llamará andana.

PEPE. No seas mal pensada, mujer. ¡Huy! El ama.

ESCENA II

DICHOS y DOÑA CRISTETA. Es una jamona de buen ver, pero resulta ridícula á fuerza de ir emperifollada. Viene por la primera de la izquierda y cierra.

CRIST. ¿Pepe?

PEPE. Señora.

CRIST. Llégate á casa de madame Pierrette, y díle que me mande el sombrero inmediatamente.

PEPE. En seguida, señora.

CRIST. Pregunta de paso si ha llegado el correo del Norte, porque no haber recibido carta á estas horas...

PEPE. Muy bien. (Vase corriendo por el foro; antes de salir, tira un beso á Paula y poniéndose un índice en la sien, da á entender que doña Cristeta anda mal de la cabeza.)

ESCENA III

DOÑA CRISTETA y PAULA. Aquélla viene por la primsra de la izquierda.

CRIST. ¿Paula? (Con interés.)

PAULA. Señora.

CRIST. ¡Qué prueba de amor! ¿eh? Mudarse frente á mi casa para verme casi á todas horas. ¿Has visto á mi Eduardo? (Habla románticamente.)

PAULA. Hace media hora. Estaba afeitándose.

CRIST. ¡Ah!

PAULA. Tenía el espejo colgado de los cristales del balcón... ¡Y se jabonaba con una brochita tan cuca!

CRIST. ¡Qué limpio! ¡Se afeita solo! Don Alejo tendrá barbero; como si lo viera. (Con gran desprecio.)

PAULA. Como es más rico que el señorito Eduardo...

CRIST. Eduardo tendrá mi fortuna, porque yo lo adoro y me casaré con él.

PAULA. Pues cuando don Alejo sepa el desaire que le hace usted renunciando á su mano... Con el genio que tiene...

CRIST. Se quedará tan fresco. ¿Qué sabe él de pasiones volcánicas? Don Alejo gasta zapatos de castor y los hombres que usan esa piel... ó no tienen sentido común...

PAULA. O tienen callos...

CRIST. ¡Oh! *Non ragionar di lor.* (Con repugnancia.)

PAULA. Don Alejo está enamorado de usted y es capáz de suicidarse.

CRIST. ¿Él? ¡Bah!

PAULA. ¡Como ahora está en moda eso de matarse!

CRIST. ¿Pero él es fin de siglo por ventura? El suicidio está reservado á las organizaciones privilegiadas. Mira, Paula, mira; ¿lo ves? (Le enseña una caja de cerillas.) La Linda, de Zaragüeta... Irún. Cerilla extra. Treinta cabecitas revueltas en medio vaso de ojén, y... un cadáver. ¡Oh! Esta fábrica es el edén del mundo melancólico. Yo la bendigo.

PAULA. ¡Jesús! (Dice bien Pepe, de aquí.) (Señal de locura.)

CRIST. No se aparta de mí esta caja.

PAULA. ¿Ha pensado usted en suicidarse?

CRIST. No; pero... Si Eduardo me hiciera el menosprecio... (Trágicamente.)

PAULA. ¡Ave María Purísima!

CRIST. Locura, porque... me ama. Anoche, á la luz de la luna, me lo juró en el jardín... Me dibujó el porvenir con risueños colores, dejándome ver en lontananza un delicioso grupo... ¡Qué rubor!... La silueta de un niño hermoso junto al seno de una ama de cría! ¡Ah! (Gozosa, pero como avergonzada.)

PAULA. Nada más natural.

CRIST. Panorama que no alcanza á ver la cansada vista de don Alejo. ¿Qué hora ha dado hace poco?

PAULA. Las once.

CRIST. ¡Cuánto tarda Eduardo! Y quería acabar mañana mi retrato... ¡Voy á esperarle en el balcón! ¡Qué bella! ¡Estoy hablando! (Después de haber contemplado un instante el cuadro que hay sobre el caballete. Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA IV

PAULA

Guillati; pero guillati perduti. ¡Creerse que á su edad y con esa cara puede haber enamorado á un señorito tan guapo como don Eduardo! Que lo enamorara yo... pase... porque, como dice Pepe, me traigo mis circunstancias... y lo que es en la Alhambra... no hay quien se agarre como yo para el schotis.

ESCENA V

PAULA; JULIANA, por el foro de la derecha.

JUL. Buenos días. (Trae una gran caja de cartón.)

PAULA. Juliana, ¿qué traes?

JUL. El sombrero de tu señora.

PAULA. A ver, á ver...

JUL. No seas loca, mujer. Deja que salga doña Cristeta.

PAULA. Es verdad. ¡Cuánto tiempo hace que no te veo!

JUL. No voy á ninguna parte. No salgo del obrador.

PAULA. Pero ¿qué tienes!

JUL. Nada.

PAULA. Tú has llorado... ¡vaya si has llorado! Anda, cuéntame tus penas.

JUL. Sí, porque reventaría si no las contara. Recuerdo haberte dicho que tenía relaciones... para casarme, por supuesto...

PAULA. Sí, con un tal...

JUL. Romualdo Torrecilla... no lo conoces... No lo has visto nunca. Pues bien: yo lo amaba con todo mi corazón... Bien que tú ya sabes cómo queremos las modistas... En fin, desde que le conozco, dos años hace, no ha gastado más corbatas que las que yo le he cosido.

PAULA. ¡Bribón!

JUL. Y en todo ese tiempo... te lo puedo asegurar. Yo no he hecho caso á ningún hombre. Ya ves si es sacrificio.

PAULA. Para una modista, mucho. Prosigue.

JUL. Oye y asómbrate. Sin que haya mediado nada, ni haber motivo de queja, sin la más pequeña infidelidad por mi parte, recibí una carta hace seis dias y otra esta mañana, fechadas en Burgos, en las cuales, después de humillarme por lo obscuro de mi nacimiento—como si yo tuviera la culpa—me dice que razones poderosas le obligan á romper conmigo, que no se casa y que tire por donde quiera. Ya ves que esto es infame.

PAULA. Muy infame.

JUL. En fin, que no hay consuelo para mí. No hago más que llorar.

PAULA. Mal hecho. Tú eres honrada y buena... y lo que debes hacer es no acordarte más de su estampa.

JUL. Si no podré...

PAULA. ¡Hombres! ¡Hombres! ¡Ay, qué falsos y qué bribones son todos!... ¡Lástima que sean tan necesarios!

JUL. No sé lo que va á ser de mí.

ESCENA VI

DICHAS y DOÑA CRISTETA

CRIST. No se le ve por ninguna parte. (Viene por la primera de la derecha.)

JUL. (Tu señora.)

PAULA. Señora, iba corriendo á avisar á usted. Está aquí Juliana, la modista.

CRIST. ¡Ah! ¿Trae usted mi sombrero?

JUL. Sí señora. Buenos días.

CRIST. Venga usted á mi cuarto, y me lo probaré. De paso la daré un vestido qus hay que arreglar.

JUL. Como la señora guste.

CRIST. Paula, si viene el señorito Eduardo, me avisa usted.

PAULA. Está bien. (Vanse por la izquierda doña Cristeta y Juliana.) Y para el otro, ni esto. Y don Alejo vendrá... Es claro, y en cuanto se entere de lo que ocurre, armará la gorda. Lo estoy viendo: aquí va á haber una perdición. En fin, allá ellos. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA VII

DON ALEJO y EDUARDO, por el foro derecha. Aquél trae en la mano una carta abierta. Al entrar déjase caer en una butaca.

ALEJO. ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

ED. ¡Inaudita!

ALEJO. Estoy arruinado. Créame usted, joven; si no fuera porque soy cristiano viejo, me pegaba un tiro.

ED. ¡Deseche usted esas ideas!

ALEJO. Lo repito. No me lo pego, porque soy cristiano y por lo que duele.

ED. ¿Pero no tiene usted esperanzas?

ALEJO. Ninguna. Carta de mi abogado. He perdido el pleito, en definitiva, con costas y todo... ¡Maldición! En cambio, Cristeta ha ganado el suyo.

ED. ¿Sí, eh? Conque doña Cristeta... (Muy alegre.)

ALEJO. Ha ganado el suyo. En la postdata me lo dice. Cristeta duplica su capital con esta ganancia.

ED. ¡Qué suerte!

ALEJO. Esa es mi salvación, que si no... Siendo ella rica... su fortuna es mía.

ED. (¡Como no te untes!)

ALEJO. Pero lo espantoso no es esto. Lo verdaderamente espantoso es que yo, con la seguridad del reintegro, me

he gastado para pleitear cuatro mil duros, que, como sagrado depósito, me confió al morir un íntimo amigo, haciendome además depositario de sus secretos. Esa cantidad constituye el patrimonio de una niña... anónima-.. un belén de mi amigo. Esa niña no ha parecido aún, pero puede parecer de un momento á otro... y si pareciese hoy mismo, si dentro de una hora tropezara yo con esa criatura, ¿qué contestación le daba? ¿Qué le decía yo al difunto cuando me pidiera cuentas?

ED. ¡Pero no se apure usted!

ALEJO. Sí señor, quiero apurarme; y, créalo usted, daría algo bueno por tener pelo natural.

ED. ¿Para qué?

ALEJO. Por el gustazo de arrancármelo.

ED. Vaya, vaya, sosiéguese usted. Para averiguar el paradero de esa niña, tendrá usted alguna clave, algún indicio...

ALEJO. Vagos, muy vagos. Esa niña, según me dijo su padre pocos momentos antes de espirar, tiene grabada con un alfiler, en la parte más superior de un antebrazo, una cruz azul.

ED. Es un dato.

ALEJO. Para descubrirla he apurado los medios más ingeniosos. Donde hay señoras descotadas, allí estoy yo mirando con los gemelos. Pero al notar mi insistencia .. claro, se tapan creyendo que miro otra cosa.

ED. Es natural.

ALEJO. He recorrido también todas las playas balnearias. Allí donde se bañan señoras al aire libre, allí he estado yo con mi catalejo para aprovechar un descuido.

ED. ¿Y no ha visto usted ninguna cruz?

ALEJO. Ninguna, pero es un espectáculo muy curioso; se lo recomiendo á usted. (Sonriendo.)

ED. Eso es lo que hay que hacer; tranquilizarse.

ALEJO. No he gozado en este mundo una hora de felicidad. De viudo, ya ve usted lo que me pasa. Pues mientras es-

tuve casado... ¡Ay, qué mujer me tocó! Era rica, pero exigente, déspota, nerviosa y más estéril que un programa ministerial. Murió sin sucesión, y es claro, la fortuna se me fué de entre las manos.

ED. ¿La conoció usted en Madrid?

ALEJO. No señor. La compré en Santander, de bienes nacionales.

ED. ¿Cómo es eso?

ALEJO. Era ama de gobierno de un canónigo de aquella catedral.

ED. ¡Ya!

ALEJO. Mi mujer era honrada, pero coqueta... Me hizo sufrir mucho... Sobre todo con un infame que al osar á su honor con públicos pero ineficaces galanteos, deshonró mis canas. Entonces no gastaba yo peluca todavía.

ED. ¡La señora no le haría caso!

ALEJO. Hipólita era una mujer de bien.

ED. (¡Hipólita!) Y al infame ese, ¿lo conoció usted?

ALEJO. Personalmente, no.

ED. (Respiro.)

ALEJO. Pero poseo cartas suyas; conozco su letra como la mía. Le he seguido la pista, sé por referencias que lo persigue la justicia por falsificador de documentos mercantiles, y el día que yo lo encuentre... ¡uff! me lo chupo como un merengue.

ED. (Si le saco hoy los cuartos á Cristeta, no será fácil.)

ALEJO. Por fortuna y para mi consuelo, me queda en usted un amigo y una esperanza en Cristeta, que me adora.

ED. (Ya verás lo que te adora.)

ALEJO. A propósito, yo no quisiera darle conocimiento de mi desgracia ni personal ni repentinamente.

ED. Muy bien; yo la prepararé poco á poco.

ALEJO. Gracias. Es usted mi ángel tutelar. Vuelvo en seguida. Voy á casa á poner dos letras. (Vase por el foro.)

ED. Hasta la vuelta.

ESCENA VIII

EDUARDO, y en seguida DON ALEJO

ED. ¡Como no tengas más alivio que yo!... ¿Qué estará haciendo Cristeta? La esperaré pintando por si tarda. (Va á coger paleta, pinceles y tiesto, que están ocultos detrás del *paravent.*)

ALEJO. (Por el foro.) No tengo necesidad de salir de aquí. Escribiré en ese despacho. ¿Ya no está aquí Eduardo? (Entra por la segunda puerta de la derecha.)

ED. Se estará poniendo perifollos. ¡Vieja más ridícula! Como yo le coja la gabeta, adivina quién te dió. (Se pone á pintar.) ¡Y habrá tenido unos quince!... Por supuesto, aquí no le pongo más que treinta años. Por eso dice que el retrato es una obra maestra.

ESCENA IX

EDUARDO, DOÑA CRISTETA, PAULA y JULIANA

CRIST. Sí, pero inmediatamente. Diga usted que necesito el sombrero para mañana.

JUL. Descuíde usted, que lo tendrá.

CRIST. ¡Hola, señor pintor! ¡Tanto bueno por mi casa!

ED. ¡Cristeta!

JUL. (¡Jesús! ¡Es él!)

ED. ¡Usted siempre tan hermosa! (¡Juliana aquí!)

PAULA. (¿Qué te ha dado? ¿Por qué tiemblas?)

JUL. (¡Porque es él!)

PAULA. (¡Pero si es el novio de la señora!)

JUL. (¡Desgraciada de mí!)

PAULA. (Ven á mi cuarto y hablaremos. (Vanse por el foro izquierda.)

ED. (¡Ya se fué! Respiro. Estoy en mal tenedero.)

ESCENA X

DOÑA CRISTETA y EDUARDO

CRIST. Ya estamos solos. ¿Hace mucho rato que me esperas?

ED. Bastante; pero me he entretenido hablando con don Alejo.

CRIST. ¿Ha estado ya aquí ese posma?

ED. Y ha salido para volver. ¿No le ha indicado usted nada de nuestros proyectos?

CRIST. ¿Usted? ¿Conque usted? ¿No me amas ya?

ED. Más que nunca. (¡Ay, qué suplicio!)

CRIST. No pintes más. Siéntate á mi lado. Tengo celos hasta de tu pincel. (Siéntanse á la izquierda.)

ED. ¡Zalamera! (Hay que acelerar los acontecimientos.)

CRIST. Habla el alma.

ED. (¡La presencia aquí de Juliana!... A ello.) Pues ocurre algo grave con respecto á don Alejo.

CRIST. ¡Don Alejo, don Alejo!

ESCENA XI

DICHOS; DON ALEJO, sacando la cabeza por el portier de la segunda puerta de la derecha.

ALEJO. (¡Hola! ¡Hablan de mí! Oigamos mi apología.)

CRIST. ¿Pero qué tengo yo que ver con don Alejo?

ED. Mucho. Acabo de hablar con él, y he descubierto que pretende arruinarte.

ALEJO. ¿Qué dice? ¡Y la tutea!

CRIST. ¡Arruinarme!

ED. Arruinarte así como suena. Desesperado con la preferencia que me da usté, digo, que me das... está influyendo con tu abogado para hacerte perder el pleito.

CRIST. ¿Qué dices?

ED. Lo que oyes.

ALEJO. Yo la voy á matar. (Al paño.)

ED. Pero no logrará su intento... Yo saldré hoy para Bilbao... hablaré con tu abogado... y destruiré esa infame cábala.

CRIST. Sin perder minuto.

ALEJO. (Que lo mato)

ED. Voy á disponer mi viaje. (Se levanta y toma el sombrero.) Hasta que yo salga de Madrid, ni una palabra. Podría don Alejo utilizar el telégrafo.

CRIST. Descansa, ni una sílaba. ¡Hombre infame!

ED. No tengo metálico, pero no importa. Tengo letras á ocho días... Las endosaré á tu favor. (Sacando una cartera.)

CRIST. ¿Para qué? Yo te daré fondos.

ED. Pero á cambio de las letras. Mi delicadeza... No tardaré en volver.

CRIST. ¡Eduardo mío!

ED. ¡Cristeta de mi alma! (Se arrodilla con el sombrero puesto, á los piés de Cristeta.)

CRIST. ¿Me escribirás?

ED. Desde todas las estaciones.

CRIST. Jura que me amas.

ED. Solemnemente.

ALEJO. (Saliendo) ¡Caballeroooo! (De un puñetazo le hunde el sombrero á Eduardo.)

ED. ¡Ay!

CRIST. ¡Asesino!

ALEJO. Aún no, pero lo seré.

ED. Espero que me dará usted una explicación.

ALEJO. En el mismo idioma que le he dado á usted ese puñetazo. No conozco otra lengua.

ED. Espere usted aquí á dos amigos míos.

ALEJO. Firme como un poste.

ED. ¡Ay de usted! (Vase corriendo por el foro derecha.)

ESCENA XII

DOÑA CRISTETA y ALEJO

CRIST. ¡Mónstruo! No olvide usted que está en mi casa.

ALEJO. Siéntese usted.

CRIST. Pero...

ALEJO. Siéntese usted y prepárese á oirme.

CRIST. ¡Me siento! (Lo hace.)

ALEJO. Y yo. (Idem.) Señora doña Cristeta. El matrimonio no es como el reemplazo del ejército: el matrimonio no admite substitución.

CRIST. ¿Y qué analogía?...

ALEJO. No corte usted el hilo de mi discurso. La conocí á usted pobre y arruinada; era yo rico y la ofrecí mi mano. Usted la aceptó...

CRIST. Bien, pero...

ALEJO. No corte usted el hilo de mi discurso. Hoy es usted rica y yo pobre, y usted me desprecia, me humilla y me arroja ignominiosamente de su casa, prefiriendo el amor de otro hombre.

CRIST. ¿Y á dónde va usted á parar?

ALEJO. No corte usted...

CRIST. ¿El hilo de su discurso?

ALEJO. Eso es.

CRIST. Adelante.

ALEJO. Sería ocioso enumerar los sacrificios y hasta las calaveradas que he hecho por usted. Cuando todo me sonreía, cuando mi porvenir era de color de rosa, halló usted amparo en mi cariño. Hoy, pobre, arruinado, con un porvenir de color de chocolate, pensaba hallar consuelo en el amor de usted; pero ese amor no existe... lo que existe es un hombre que me lo ha robado traidoramente y una mujer que lo deja arrebatar. El hombre, es Eduardo; la mujer, usted.

CRIST. ¡Señor don Alejo!...

ALEJO. De mí nadie se burla impunemente. Un hombre miserable, don Romualdo Torrecilla, puso los ojos en mi mujer; otro miserable, los ha puesto en mi novia. Ambos morirán. Éste hoy, el otro cuando lo encuentre. Yo soy así. ¿Se explica usted ahora por qué no comparo el matrimonio con las quintas?

CRIST. A la serie de injurias que usted me ha dirigido, no contestaré más que con una frase. Eduardo será mi esposo el dia de las ánimas. (Solemnemente.)

ALEJO. Desde mucho antes habrá entrado en el purgatorio... Conque, ¿no me ama usted, Cristeta?

CRIST. No señor.

ALEJO. ¿Conque me desprecia usted, doña Cristeta?

CRIST. Sí señor.

ALEJO. ¿Conque me desahucia usted, señora doña Cristeta? (Cada vez ha ido gritando más.)

CRIST. Justamente.

ALEJO. Pero ¿por qué?

CRIST. Porque amo á Eduardo.

ALEJO. ¿Y por qué ama usted á Eduardo? (Con rapidéz.)

CRIST. Porque no le amo á usted.

ALEJO. ¿Y por qué no me ama usted á mí? Necesito saberlo inmediatamente. (Fuera de sí.)

CRIST. Porque no es usted elegante... porque lleva usted zapatos de color. (Don Alejo se mira y tira lejos de sí un zapato.) Porque me parece usted un bergantín con los cuellos eternamente derechos; (Don Alejo se arranca el cuello postizo.) porque lleva usted el chaleco demasiado ceñido. (Se desabrocha sin saber lo que hace.) Y finalmente... porque gasta usted peluca, (La tira.) y no es usted joven ni gomoso... y como yo deliro por la goma...

ALEJO. ¡Qué he de ser yo goma, si soy un gallo inglés!...

CRIST. ¿Tiene usted talento por ventura?

ALEJO. No señora, yo soy muy bruto.

CRIST. ¿Tiene usted momentos de melancolía?

ALEJO. Tampoco. Yo tengo perpétuamente la banda del hospicio en el estómago. (Pasea furioso de un lado á otro.)

CRIST. ¿Es usted poeta?

ALEJO. Ni currinche siquiera.

CRIST. ¿Cuándo sabrá usted escribir un madrigal como este? (Sacándolo del bolsillo.)

ALEJO. No sabré hacerlo, pero sabré hacérselo comer á su autor.

CRIST. ¿A Eduardo? Se guardará usted muy bien.

ALEJO. Vaya si me lo guardaré, para que no se me pierda.

CRIST. Devuélvamelo usted.

ALEJO. ¡Maldición! Esta letra... (Leyendo el madrigal.)

CRIST. La suya; y muy bonita por cierto.

ALEJO. ¿Pero este hombre, cómo se llama?

CRIST. Eduardo.

ALEJO. ¿Qué Eduardo ni qué?... ¿Dónde está, dónde? Quiero devorarlo. Es la letra de Romualdo Torrecilla.

CRIST. ¡Imposible!

ALEJO. La trompeta del juicio final ha dado un punto de atención. (Empieza á derribar algunas sillas.)

CRIST. ¿Qué hace usted?

ALEJO. Me estoy divertiendo... ¡Hum! (Va como loco de un lado á otro.)

CRIST. ¡Pero señor don Alejo!

ALEJO. ¡Hum!... (Rugiendo como una fiera.)

ESCENA XIII

DICHOS; PAULA y JULIANA por el foro, con una caja de cartón en la mano y Paula un plato de harina.

ALEJO. ¡Exterminio y muerte!

LAS DOS. ¡Ay! (Paula con el susto vierte la harina en el sombrero de don Alejo; aquélla deja caer al suelo la caja de cartón; cae al suelo el sombrero de doña Cristeta.)

CRIST. ¡Ay!

ALEJO. ¿Dónde está ese hombre?

CRIST. Pero si no lo sé.

ALEJO. Voy á buscarlo, y donde lo encuentre, lo mecho. El sombrero. (Arrebata el de doña Cristeta y se lo pone.)

CRIST. Coja usted el suyo. (Tira el de la señora.)

ALEJO. Venga. (Don Alejo dejó su sombrero en la primera silla colocada en el foro junto á la puerta.)

PAULA. Aquí está. (Asustada, le da el sombrero que recibió la harina.)

ALEJO. O el ó yo. (Cálase el sombrero, llénase de harina y vase por el foro sin reparar en ello.)

ESCENA XIV

DOÑA CRISTETA, JULIANA y PAULA

CRIST. Detenedlo, detenedlo, que lo va á matar ese igorrote.

PAULA. Vamos, habla.

JUL. Me da cortedad.

CRIST. ¿Pero no oyen ustedes que lo va á matar?

JUL. Pero ¿á quién?

CRIST. A mi Eduardo.

PAULA. ¡Ay! ¡Ojalá!...

CRIST. ¿Qué está usted diciendo? (En el colmo del estupor.) ¡Matar á mi Eduardo!

PAULA. ¡Qué Eduardo ni qué calabazas!

JUL. Ese hombre está engañando á usted miserablemente. No se llama Eduardo. Su nombre es Romualdo Torrecilla. Es un bandido, un miserable, que vive á expensas de las mujeres á quienes engaña.

CRIST. Eso es una calumnia. Pruebas, necesito pruebas.

JUL. ¿Conoce usted su letra?

CRIST. ¡Que si la conozco!

JUL. Mire usted. (Le da una carta.) De anteayer, fechada en Burgos, donde dice estar ese canalla. Aquí estaba cuando le he traído á usted el sombrero hace rato.

CRIST. (Que ha estado leyendo.) Que la ama á usted locamente, pero que no piense usted más en él. Que tiene una vieja rica y la dejará también si no le saca los cuartos... Luego esa vieja...

PAULA. Esa vieja... Con el respeto debido, es usted.

CRIST. ¿Vieja yo? ¡Ah! (Cae desplomada en una silla.)

JUL. Un vaso de agua.

PAULA. No, el té que acabo de hacer. Eso es nervioso. (Vase corriendo y vuelve casi en seguida.)

CRIST. Aire, aire; que me ahogo. Me ha matado usted, niña; pero prefiero la muerte al engaño.

JUL. Yo, señora...

CRIST. ¡Yo juguete de un hombre!

JUL. Y algo más que ha sabido hoy mi pobre madre.

CRIST. ¿Qué?

JUL. Que ese bribón está casado.

CRIST. ¡Ah! (Vuelve á caer cómicamente desplomada en la silla.)

JUL. ¿Traes eso?

PAULA. Sí. (Ha salido antes.) Señora, señora... tome usted un sorbito de té. (Trae todo un servicio de té.)

CRIST. No quiero nada.

PAULA. Un sorbito, con flor de azahar.

CRIST. Nada; he dicho.

JUL. Eso le hará á usted bien.

PAULA. Pero, señora...

CRIST. (Airada.) ¡Silencio; todos fuera!

PAULA. Pero...

CRIST. ¡Fuera todo el mundo! (Imperativamente. Se sienta y se cubre el rostro con las manos.)

PAULA. Espérame en el jardín. Yo me quedo aquí para evitar alguna barbaridad. (Bajo á Juliana que se va por el foro de puntillas. Entra Paula en la segunda de la derecha, y de vez en cuando se asoma por el portier.)

ESCENA XV

DOÑA CRISTETA; PAULA, oculta.

CRIST. Ya estoy sola. Zaragüeta conforta mi valor. ¡Ea, resolución!

PAULA. (Cuando yo digo...)

CRIST. Hecho en el té estas cabecitas ya cortadas, (Lo hace.) y mientras se disuelven, escribo al juez de guardia, y, sobre todo, me preparo á morir como corresponde á mi clase. ¡Serenidad! (Vase por la izquierda.)

PAULA. (Saliendo.) Lo dije. Quiero ver de lo que es capáz. ¿Habrá cosa más ridícula que una vieja chocha? Debía castigarla, pero no. Voy á verter el té... ¿en dónde? ¡Ah! En la peluca, para que se la embeba. Llenaré otra vez la taza de té sin fósforos, (Hace todo lo que dice.) y al escondite. (Ocúltase tras el portier.)

ESCENA XVI

DON ALEJO, por el foro, y PAULA, detrás del portier. Entra tirando el sombrero al suelo.

ALEJO. ¡Uff! No he podido dar con él. Si no puedo andar con un zapato menos. (Se sienta al lado de la peluca.) Hay momentos, y este es uno de ellos, en que la muerte me es simpática. Sí señor, comprendo la muerte y... las pelucas... ¡Cómo sudo! ¡Me abrigaré el cráneo! (Se pone la peluca.) ¡Todavía conserva mi calor! Está húmeda. Es claro, la mojé con la ebullición de la rabia. ¡Pobrecilla! Tengo una sed abrasadora. (Bebe del té.) El té humedecerá mis fáuces.

ESCENA XVII

DICHOS; PEPE, por el foro.

PEPE. Vendré volando. Ah, señor don Alejo... Tome usted esta carta que me ha dado su patrona. (Le da un papel.) No puedo detenerme.

ALEJO. ¿Pero estás loco?

PEPE. No señor... es que tengo curiosidad de saber lo que pasa en casa de don Eduardo. ¡Hay una tremolina!... Está allí el Inspector con los guardias. Luégo vendré á decir lo que pase. (Vase corriendo por donde vino.)

ESCENA XVIII

DON ALEJO; después PAULA y JULIANA

ALEJO. Algún nuevo infortunio. ¿Qué es esto? ¿Por qué le han quitado el sobre? Tiemblo antes de leer. Ea, resolución. (Lee.) «Calzoncillos, tres; camisas, cuatro; calcetines, seis. Total, una, cuarenta y cinco.» ¡Bribón! ¡Me da la cuenta de la lavandera! Voy á ver lo que pasa en casa de ese bandido.

PAULA. (Saliendo.) ¡Señor don Alejo!

ALEJO. ¿Qué quieres?

PAULA. Que sepa usted toda la verdad. Que se vengue usted... Ese bribón, que se llamaba don Eduardo, se ha burlado también de una amiga mía, una pobre muchacha, Juliana... (Sale ésta. Paula la ha llamado por señas.) Aquí está; ella misma podrá decirle á usted quién es don Romualdo Torrecilla.

JUL. Un infame, caballero, un infame.

PAULA. Habla, no tengas cortedad; que este señor es muy bueno.

ALEJO. Hable usted sin miedo.

JUL. Mire usted lo que me escribe. (Le da una carta que don Alejo lee, mientras habla Juliana.)

ALEJO. La letra de siempre.

JUL. Dos años puede decirse que ha estado viviendo á costa mía y de mi pobre madre. Pero ha encontrado mejor filón y me ha dejado, no sin insultarme, porque ya ve usted. Me echa en cara mi pobreza, lo humilde de mi cuna... Y hasta me llama expósita... y me escarnece porque... dice que estoy marcada con el sello de la infamia...

ALEJO. ¡Dios mío! Pero esta señal de que habla aquí...

JUL. Esa señal... me da rubor el confesarlo...

ALEJO. ¿Qué señal es esa?

JUL. Es una cruz.

ALEJO. ¿Azul?

JUL. Azul.

ALEJO. ¿Grabada en el antebrazo izquierdo?

JUL. Sí señor.

ALEJO. Joven, joven... Usted tiene cuatro mil duros que yo le daré... y un apellido honrado y noble. El de mi amigo Guevara.

JUL. ¡Es posible!

PAULA. Lo es. No hay mal que por bien no venga.

ALEJO. Yo soy su padre de usted provisionalmente.

JUL. Pero explíqueme usted...

ESCENA XIX

DICHOS; PEPE y después DOÑA CRISTETA

CRIST. Don Alejo, don Alejo. (Foro derecha.)

ALEJO. Bribón, ¿qué tengo que ver con la ropa blanca que tú ensucies?

PEPE. Si es que me he equivocado A eso vengo... No era carta lo que tenía usted... era este telegrama. (Le da uno.)

ALEJO. ¿A ver? (Lee.)

CRIST. Ellos aquí, mejor... Moriré delante de testigos. (Viene vestida de bata blanca y con el pelo tendido. Trae una carta en la mano. Viene por la primera de la izquierda.)

ALEJO. ¿Pero es posible? Mala inteligencia. Es usted quién ha ganado el pleito. Cristeta perdió el suyo.

CRIST. ¡Además arruinada! (Trágicamente. Bebe el té.) Todo se ha cumplido. Difúndase el veneno por mis venas.

ALEJO. ¡Ah, Cristeta? (No la habían visto.)

PAULA. ¡La señora! (Momento de pausa.)

CRIST. Lo he oído todo. Soy pobre y usted es rico...

PEPE. La policía se lleva á don Eduardo. ¿Quieren ustedes verlo? (Corren todos hacia el foro.)

ALEJO. No. Gozar con la desgracia agena es de almas cobardes. Cristeta... sé que anda usted mal de fortuna... que debe usted sumas considerables... Disponga usted como guste de mis intereses...

CRIST. ¡Alejo, Alejo! es usted un hombre digno de admiración. Gracias, pero es tarde. Estoy envenenada.

ALEJO. ¡Horror!

JUL. ¿Qué? (Ríe Paula aparte.)

CRIST. ¡Me he tragado á la viuda de Zaragüeta! (Solemnemente.)

ALEJO. ¿Con fósforos?

CRIST. Sí. Disolví en esa taza treinta y dos cabecitas...

ALEJO. ¿En esa taza? ¡Ay! Yo he bebido también. Estoy envenenado... Yo no quiero morir... (Contorsiones, muecas y gestos cómicos.)

CRIST. Ni yo...

ALEJO. Naturalmente.

CRIST. Amo la vida porque soy joven...

ALEJO. ¡Cristeta mía!

CRIST. ¡Alejo de mi alma! ¡Ay! pero las sienes me estallan... arde mi estómago y... y... (Arranque.) ¡Gran Dio, morir ei giovane, io de' ho penato tanto!...

ALEJO. ¡Una taza de aceite, un contraveneno!... ¡Ay!... ¡Cualquiera cosa!.. ¡Ay! (Contorsión.)

CRIST. ¡Ay! (Idem.)

ALEJO. ¡Ay! (Idem.)

PAULA. Si están ustedes buenos y sanos... Si el té que han tomado ustedes no tenía fósforos. El envenenado lo vertí... (Ríe á más y mejor.)

CRIST. ¿Dónde? No hay manchas en la alfombra.

PAULA. En la peluca de don Alejo,

ALEJO. Verdad que la encontré mojada y caliente...

PAULA. Como que el té estaba hirviendo... ¡Já, já!

CRIST. ¡Nos ha salvado!

ALEJO. ¿Conque no me muero?

CRIST. ¡Ni yo! (Bailan.)

ALEJO. Pero desde hoy vida nueva. Al casarte conmigo...

CRIST. Dejaré de ser... una vieja chocha.

JUL. Ea, felicidades. Yo me voy.

ALEJO. No. Usted almuerza con nosotros.

CRIST. ¿Y nadie más?

ALEJO. Nadie más.

CRIST. Pero... ¿y estos señores? (Por el público.)
ALEJO. ¡Ah! sí...
CRIST. ¡Olvidadizo!
ALEJO. ¿Qué pretendes?
CRIST Nada.
ALEJO. ¿Nada?
¿Entonces á qué es?... ¡Gran Dios!
¿Para eso tanta monada?
Se pretende una palmada.
(Resueltamente al público.)
CRIST. Y á él por su olvido...
ALEJO. Dos. (Telón.)

FIN

Hombs	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
»	»	Las vengadoras (refundición)	3	Eugenio Sellés	»
»	»	Luisa Paranquet	3	N. N.	»
»	»	Realidad	5	B. Pérez Galdós	»
»	»	Tormento	3	Federico Urrecha	»

ZARZUELAS

»	»	Artistas por vocación	1	Manuel Requena	L.
»	»	Corte y cortijo	1	Villegas y Valverde (hijo)	L y M.
»	»	De Madrid al cielo	1	Francisco Vila	L.
»	»	El busto de Sócrates	1	Angel Ruíz	M.
»	»	El licenciado de Villamelón	1	E. Ruíz Valle	1|2 L.
»	»	El paso de Judas	1	J. Valverde (hijo)	M.
»	»	El señor Juan de las Viñas ó los presupuestos de Villa-Anémica	1	J. Valverde (hijo)	M.
»	»	El rapto de Cecilia	1	Manñel Requena	L.
»	»	El ventorrillo del Chato	1	Contreras y Jiménez	L y M.
10	8 c	Ensayo general ó concurso de acreedores	1	Pérez-Stella y García Salgado	L.
»	»	La casa encantada	1	Sinesio Delgado	L.
»	»	La comida de boda	1	H. Criado y Baca	1|2 L.
»	»	La madre del cordero	1	Irayzoz y Jimenez	L y M.
»	»	La raposa	1	Monasterio y Chapí	L y M
»	»	La vida en la Aldea	1	Eugenio Contreras	M.
»	»	La pluma roja	1	Gaspar Espinosa	M.
»	»	Las cosas de mi sobrino	1	Manuel Requena	L.
»	»	Las campanadas	1	Arniches, C. y Chapí	L. y M.
»	»	Los aparecidos	1	Arniches y Lucio	L.
»	»	Los vecinos del segundo	1	Pérez y González y Rubio	M y 1|2L
»	»	Maridos á peseta	1	Calixto Navarro	L.
»	»	No se permite fijar carteles	1	Gaspar Espinosa	M.
»	»	Ordeno y mando	1	Navarro y Rubio	L y
»	»	Otro monaguillo	1	Gaspar Espinosa	M.
»	»	Pasante de notario	1	Navarro y Brull	M y 1|2L
»	»	Ronda de primos	1	Casanova é Ibarrola	L.
»	»	Toros y cañas	1	Calixto Navarro	L.
»	»	Un millón	1	Manuel Requena	L.
»	»	Agustina de Aragón	2	Mas y Prats y Mariani	L y M.
»	»	La mujer de papá	2	Fina y Vidal	L y M.
»	»	Mano blanca no hiere	2	Paris, Mangialli y Conrote	L y M.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; del *Sr. Escribano*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.